

El de Ayamonte fué traído preso. Hizose con él una felonía, que fué ofrecerle el perdón si confesaba su crimen, y después de confesado, no cumplirlo, y condenarle y llevarle al suplicio, que sufrió con una entereza sorprendente. Así terminó aquella conspiración, y así pagó el de Ayamonte el oficio de delator que en la anterior conjuración había hecho. Pero desconsuela pensar en la situación miserable á que había ido viniendo la monarquía, cuando ya los magnates se atrevían á pensar en erigirse en soberanos (1).

La guerra con Portugal, casi interrumpida el resto de aquel año (1641) por las lluvias y las nieves, no se hizo en el siguiente con mucho mas vigor, demasiado ocupadas las fuerzas de España en Cataluña y en los países extranjeros, y no suficientes todavía las de Portugal para emprender conquistas. Reducíase por la parte de Extremadura á reciprocas invasiones y parciales encuentros mas ó menos reñidos, en que unos y otros jefes solían atribuirse la victoria. Las comarcas fronterizas de uno y otro reino sufrían incendios y devastaciones lamentables, principalmente en la estación de la recolección de los frutos, en que para impedir la se empeñaban combates sangrientos, sin otro resultado que derramarse sangre é inutilizarse las cosechas. Mayor y mas viva era la guerra que por medio de escritos y papeles se hacían las dos naciones, llenándose españoles y portugueses de denuestos, y dándose mutuamente los títulos y dictados mas denigrativos que encuentran en sus respectivos vocabularios.

Por Galicia, donde mandaba el gran prior de Navarra como capitán general de aquel reino, lo único notable que hubo fué, que mientras este parecía prepararse á invadir la provincia de Tras-os-Montes, cinco mil portugueses mandados por don Manuel Tellez de Meneses y don Diego Melo Pereyra entraron en Galicia, desolaron todo el país por donde pasaron, y volviéronse sin que el prior de Navarra que contaba con fuerzas considerables y aun superiores, los escarmentara ni detuviera, ya que no les había ocupado, como pudo, los desfiladeros que tenían que atravesar (1642).

Conoció el rey de España que necesitaba hacer los mayores esfuerzos para recobrar á Portugal, y así lo pensó y consultó á todos sus consejeros y ministros. Convinieron todos en ello, y se hicieron preparativos para juntar un ejército poderoso. Tardío era ya el recurso, como luego habremos de ver, contando ya Portugal con la alianza y la protección de las naciones entonces mas pujantes de Europa, interesadas en destruir el poder y la influencia de la casa de Austria (2).

## CAPÍTULO X

### Caida del conde-duque de Olivares

1643

Situación interior de España.—Ineptitud del ministro.—Distracciones del rey.—Corrupción de la corte.—Bailes, toros, comedias, banquetes, disipación, desmoralización pública.—Miserables providencias del conde-duque.—Cúlpanle de todas las desgracias y calamidades de la nación.—Conjuración para derribarle del poder.—Cómo se preparó su caída.—La reina.—Doña Ana de Guevara.—Otros personajes que á ella ayudaron.—Caída del conde-duque.—Billete del rey.—Retírase el de Olivares á Loeches.—Júbilo del pueblo.—Muere el conde-duque de Olivares en Toro.—Cuán funesta fué á España su privanza.

Eran ya los males de España demasiado graves para ser

*sion el mando de sus ejércitos, por cuanto ha menester una prudencia y una moderación que mi cólera no podría dictar en esta ocurrencia, permitiéndome solamente que le sirva en persona con mil caballos de mis vasallos, para que no apoyándose sino en mi ánimo, no solamente sirva para restaurar el Portugal y castigar á este rebelde, ó traerle muerto ó vivo á los pies de S. M. si rehúsa el desafío; y para no olvidar nada de lo que mi celo pudiese, ofrezco una de las mejores villas de mi estado al primer gobernador ó capitán portugués que hubiese rendido alguna ciudad ó villa de la corona de Portugal, que sea de alguna importancia para el servicio de Su Majestad Católica, quedando siempre poco satisfecho de lo que deseo hacer por su servicio, pues todo lo que tengo viene de él y de sus gloriosos predecesores. Fecha en Toledo á 19 días del mes de setiembre, 1641.»*

(1) Laclede, Historia general de Portugal, tom. VIII. — Faria y Sousa: Eptome, part. IV, lib. 4. — Seyner: Historia del levantamiento de Portugal, lib. IV. — Soto y Aguilar: Eptome, ad ann.

(2) Soto y Aguilar: Eptome: MS.—Historia desde el año 1626 hasta

con resignación sufridos, y el gobierno del ministro Olivares demasiado funesto para ser con paciencia tolerado.

La pérdida de Portugal y la humillación de las armas nacionales en Cataluña, estos dos sucesos calamitosos, ignominia el uno y bochorno el otro del gobierno que no había sabido ni prevenirlos ni enmendarlos, habrían podido parecer algo menos dolorosos, si las desgracias interiores de la monarquía hubieran estado, como en otros tiempos, compensadas con la gloria que allá en otras naciones ganaban las banderas españolas, alcanzando triunfos, conquistando provincias, abatiendo reinos, y levantando muy alto el nombre español y el predominio de la corona de Castilla. Pero allá se iba nublando también nuestra estrella, y si no tan opaca como en los dos extremos de España, tampoco nos lucía con el fulgor de la prosperidad.

En Italia nos abandonaban los que creíamos nuestros mas firmes aliados y nuestros mejores y mas útiles amigos, y hasta los pequeños príncipes que habían sido de antiguo vasallos nuestros desamparaban nuestra decaída causa y se unían á los franceses. En Flandes, donde se habían fijado los ojos y las esperanzas de los españoles, como que era donde se hallaban recogidos los restos de aquellos formidables tercios formados en la escuela del duque de Alba, de don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio, si bien se sostenía aun, con mas gloria que fortuna, el buen nombre de la bandera española, la pérdida del cardenal infante, que con tanta prudencia había gobernado aquellos países, fué una de las desdichas mayores que en aquellos años fatales experimentamos.

Parecía presagiarse ya el abatimiento que habían de sufrir nuestras armas en Rocroy; y de este y de otros infelices sucesos, de que adelante habremos de dar cuenta, y que los desaciertos del gobierno habían producido ó preparado, parecía ser fatídico anuncio el disgusto que se había ido apoderando de todos los corazones. Por lo menos se veía que en lugar de aquel prometido engrandecimiento que en el principio del reinado había hecho esperar el de Olivares, blasonando que había de hacer señor al monarca y señora la nación del mundo entero, iban siendo muchas las calamidades y afrentas, muchos los infortunios y quebrantos que estaba sufriendo España.

Aun habría podido esperarse algun remedio á ellos, con un monarca que supiera ser rey, con un gobierno mas prudente y enérgico, con un ministro mas accesible y dócil á los consejos, menos orgulloso y menos aborrecido, y con una corte menos corrompida y menos disipada. Pero el alma se agobia cuando apartando la vista de los campos de batalla en que se perdían reinos y se recogían humillaciones, volvemos los ojos á ver lo que entre tanto en la corte pasaba. Y la encontramos siempre como embriagada en banquetes y festines, dada á las galas y al lujo, á los toros, á las comedias, y á otros mas deshonestos y repugnantes entretenimientos y espectáculos. Era sistema del ministro favorito tener constantemente distraído y como fascinado al rey con juegos y diversiones, frívolas por lo menos, cuando no eran inmorales. Cualquiera pequeño triunfo, el rumor solo de un suceso próspero, servía de pretexto al conde-duque para disponer festejos con que entretejer al soberano y hacerle olvidar los negocios y las desgracias. Faltaba dinero para la guerra, pero buscábase para levantar teatros como el del Buen Retiro, donde entre comedias, fiestas y bailes los reyes solían perder simultáneamente el tiempo y el decoro. Si de los pueblos no podía ya sacarse, porque estaban exhaustos, tomábase la mitad siquiera de lo que venía de Indias, aunque fuese de particulares, como se hizo con lo de la flota que arribó en 1639. Verdad es que había dado el ejemplo Felipe II, pero aquel al menos lo enviaba allá donde tenía soldados que le conquistaban países.

Cierto que, como dijimos ya en otra parte (3), con esta afición al recreo escénico, había prosperado el arte dramático, florecían los poetas y los ingenios, y los antiguos y pobres corrales de comedias se iban convirtiendo en lujosos teatros.

1648: MS. de la Biblioteca Nacional.—Noticias de lo ocurrido en los años 1640, 41 y 42: MS. Ibid.

(3) Véase nuestro cap. IV.

Pero mejor hubieran parecido las excelentes comedias de Calderon y de Moreto, si con ellas se hubieran podido celebrar los triunfos de nuestras banderas y no las derrotas de don Pedro de Aragon y del marqués de Leganés; bien las galerías llenas de engalanadas cortesanas en celebridad de conquistas, y no cuando se perdían ciudades y reinos. Nadie hubiera imaginado esto al ver representarse una comedia de magia sobre el estanque del Buen Retiro, con el aparato y los gastos que supone la tramoya de máquinias y decoraciones, fundadas, ya sobre el mismo lecho del estanque, ya sobre barcas que iban al mismo tiempo navegando. La misma reina Isabel de Borbon habíase dado á la afición de las comedias hasta el punto de degenerar ya sus gustos en verdaderos caprichos, que los cortesanos con degradante adulación se apresuraban á satisfacer. Si mostraba agrado que se silbaran las comedias, una turba aduladora las silbaba todas, fuesen malas ó buenas. Para que viera lo que pasaba en la localidad de los corrales que llamaban *cazuela*, donde iban mujeres de cierta clase del pueblo, llevánselas al teatro del Buen Retiro, y hacían de modo que se insultasen y riñesen hasta arañarse el rostro y mesarse los cabellos; ó bien soltaban entre ellas reptiles que las asustarían, para que se divirtiera la reina con los gritos y el desórden y la algazara que se movía (1).

Y esta era la parte de costumbres que al fin tenían su principio y fundamento en un arte noble, de cuyos adelantos en este reinado cupo no poca gloria á España. Que otras, y eran las peores, ni nacían de ningún noble principio, ni podían traer sino desdoro y deshonra: y estas tenían contaminada, á ejemplo de la corte, la nación entera. Un escritor moderno describe el siguiente cuadro de la inmoralidad de aquella época, al cual, por exacto, nada añadiremos nosotros, aunque todavía podríamos ennegrecerle. «No había especialmente en Madrid, ni decoro, ni moralidad alguna; quedaba la soberbia, quedaba el valor, quedaban los rasgos distintivos del antiguo carácter español, es cierto; pero no las virtudes. Pintó don Francisco de Quevedo con exactitud los vicios de aquella época nefanda; no hay ficción, no hay encarecimiento en sus descripciones. Tal franqueza no podía pasar entonces sin castigo, y así los tuvo el gran poeta con pretextos varios, entre los cuales hubo uno infame, que fué correr la voz de que mantenía inteligencias con los franceses. La verdad es que halló medio de poner ante los ojos del rey un memorial en verso, donde apuntaba las desdichas de la república, señalando como principal causa de ellas al conde-duque. Siguióle el aborrecimiento de este hasta el último día de su privanza; y así estuvo Quevedo en San Marcos de Leon durante cerca de cuatro años, los dos de ellos metido en un subterráneo, cargado de cadenas y sin comunicacion alguna. Aun fué mereced que no le degollasen, como al principio se creyó en Madrid, porque todo lo podía y de todo era capaz el orgulloso privado. Pero mientras aquel temible censor pagaba sus justas libertades, la corte, los magistrados y los funcionarios de todo género acrecentaban sus desórdenes, y al compás de ellos hervía España, y principalmente Madrid, en riñas, robos y asesinatos. Pagábanse aquí muertes, y ejercitábase notoriamente el oficio de matador; violábanse los conventos, saqueábanse iglesias, galanteábanse en público monjas ni mas ni menos que mujeres particulares; eran diarios los desafíos, y las riñas, y asesinatos y venganzas. Léense en los libros de la época continuas y horrendas tragedias.... Tal caballero rezando á la puerta de una iglesia era acometido de asesinos, robado y muerto; tal otro llevaba á confesar á su mujer para quitarle al día siguiente la vida y que no se perdiera el alma....; este, acometido de facinerosos en la calle, se acogía debajo del palio del Santísimo, y allí mismo era muerto; el otro no despertaba de noche sin sentir puñaladas en su almohada; y era que su propio ayo le erraba golpes mortales disparados por leve reprensión ú ofensa.... En quince días hubo en Madrid solo ciento diez muertos de hombres y mujeres, muchas en personas principales.... (2).»

(1) Fiestas memorables de Madrid. Soto y Aguilar: Relacion de fiestas celebradas en Madrid: MS.—Descripción de varias fiestas, MM. SS. de la Biblioteca Nacional.

(2) Cánovas: Decadencia de España, Felipe IV, lib. VI.—Quevedo, en

No pueden ciertamente designarse como medios para corregir los vicios, pero los mencionamos por no hallar otros, una pragmática prohibiendo con graves penas los juramentos sino en los actos judiciales y para el valor de los contratos, otra para que ninguna mujer anduviera tapada, sino con el rostro descubierto, de modo que pudiera ser conocida; costumbre á cuyo abrigo se cometían no pocos excesos, y que costó mucho trabajo desarraigar en España; otra mandando que ninguna mujer, de cualquiera calidad que fuese, pudiera traer guardainfante ú otro traje parecido, excepto aquellas «que con licencia de las justicias eran malas de sus personas;» y un pregon prohibiendo á los hombres usar guedejas y copetes, y los rizos con que se componían el cabello, «que ha llegado á hacer, decía, el escándalo de estos reinos (3).»

Difícilmente se comprenderán tan útiles medidas como remedios para tan graves males, si no encontráramos para remediar la pública miseria tan pobres recursos como para corregir la pública moralidad. Para acallar los clamores suscitados por la escasez de numerario parecía no hallar otro expediente el conde-duque que el continuo cambio del valor de la moneda; y así á las que de años anteriores hemos citado, podemos añadir ahora la pragmática de 31 de agosto de 1642, mandando que la moneda de vellón que hasta aquella fecha había corrido por doce y por ocho maravedís valiera en adelante dos, y la de seis maravedís uno solo: medida que léjos de remediar nada, escandalizó mucho y causó la mayor confusión y desórden; y tanto que no vendiéndose ni aun los artículos de primera necesidad llegó á no encontrarse que comer en Madrid (4).

Tiempo hacia que no solamente los hombres pensadores como Quevedo, sino todo el que no carecía de común sentido señalaba como la causa de todos los males y desgracias de la nación al conde-duque de Olivares, por su ambición y su vanidad, por su ineptitud y sus desaciertos, y si se quiere no tanto por su maldad, que no podía decirse un hombre malvado, cuanto por su mala estrella para el gobierno, y por su obstinacion en mandar siempre y disponerlo todo. Era el sentimiento y la convicción pública que la nación marchaba precipitadamente á su ruina por culpa del ministro favorito; hacia años que dominaba esta persuasion, y cuanto mas se mantenía en el favor el privado, mas aborrecible se hacia al pueblo. No había quien no ansiara su caída, sino un corto número de sus favorecidos: fuése formando contra él una tempestad, aunque sorda, porque en tanto que se veía al rey completamente supeditado al ministro, nadie se atrevía á intentar de frente derribarle, toda vez que contaba por segura su perdición; y solo algun hombre del pueblo, cuando ya no le cabía en el pecho el encono, solía salir al encuentro al rey, y sin aprension y con rústica franqueza le decía que el reino se arruinaba sin remedio, y que la causa de todo era el de Olivares, lo cual, como dicho de un rústico, no pasaba de servir de entretenida conversacion por unos días en la corte.

Sin embargo ya en 1639 hubo quien tuvo valor para dar al rey un memorial que entonces se decía, en que se señalaban las causas del mal estado del reino y del descontento general, y entre ellas se designaban: la continua petición de donativos; la venta de oficios y de hábitos sin exámen y por dinero; que las pagas consignadas en juros las cobraban los ministros, pero no las empleaban en servicio del reino; que el dinero que llegaba de Indias á los puertos se lo tomaban á los comerciantes á título de que era para S. M.; que S. M. no veía ni sabía lo que hacían sus ministerios; la gran suma de ducados que se sacaban de Portugal para Castilla; los gastos enormes y supérfluos que se habían hecho en la construcción del Buen Retiro; las haciendas que se quitaban á los vasallos, así seculares como religiosos; y otras varias por este órden, cuya

sus obras satíricas y festivas, y aun en las filosóficas y graves, dibuja á cada paso cuadros bien tristes y sombríos de las costumbres inmorales, no solo de la corte y de los cortesanos, sino de todas las clases de la sociedad; cuadros que no dejan menos amargura en el corazón porque los engalane á veces con los chistes y agudezas propias de su ingenio.

(3) Todas estas pragmáticas son de 12 de abril de 1639.

(4) Pragmáticas y otros documentos del reinado de Felipe IV: Colección de MM. SS. del archivo de Salazar, tom. XXVII.

responsabilidad recaía principalmente sobre el conde-duque de Olivares (1).

Cuando ya los reveses de la monarquía fueron tantos y tan de bulto, que del mismo rey, indolente como era, no pudieron pasar desapercibidos; cuando ya observaron los cortesanos, muy linceos siempre en esta clase de observaciones, que el rostro del monarca no se mostraba a la presencia del favorito tan risueño como le habían visto siempre por mas de veinte años; cuando notaron algunos síntomas de tibieza en el rey, y como cortada la corriente del flúido con que parecía magnetizarle el favorito, entonces fué cuando comenzaron los que en su daño habían formado como una bandera, á ejecutar su plan de ataque contra el formidable coloso. A la cabeza de estos estaba la misma reina Isabel, que siempre había sobrellevado con disgusto y con poca paciencia el predominio del orgulloso magnate en el ánimo de su esposo, pero que se hallaba muy particularmente ofendida desde que el conde-duque había puesto tan cerca de ella á la duquesa su mujer, que mas parecía un vigilante de todos sus pasos que una dama de honor; que le estorbaba hasta el trato familiar con el rey, y aquellas intimidades que en los palacios como en las cabañas son naturales en la vida conyugal; que la tenia como oprimida; y que tratando á la reina y á las princesas con menos etiqueta de la que prescribía la diferencia de clases, resentíalas en lo que hay para las señoras de mas delicado. Acechaba pues la reina una ocasion en que tomar venganza del ídolo de su marido, y parecióle buena aquella en que los desastres del reino, y señaladamente la pérdida de Portugal, pusieron al rey un poco menos confiado de lo que acostumbraba en los consejos del conde-duque. Ella fué la que mas influyó en que hiciera la jornada de Aragon para que viera por sí mismo el estado de las cosas, y con la esperanza de que allá le rodearian otras personas, y cobraría otros afectos; y como á su regreso á Madrid se mostrase Felipe mas afectuoso que de costumbre con la reina, agradecido á la prudencia y tino con que en su ausencia había gobernado el reino, aprovechó Isabel astutamente aquellos momentos para hacerle presente el estado miserable de la monarquía y señalar como la causa de todas las desgracias el desgobierno del conde-duque.

Un día, tomando la reina en sus brazos al príncipe don Baltasar su primogénito, presentósele al rey y le dijo sollozando: «Aquí tenéis á vuestro hijo; si la monarquía ha de seguir gobernada por el ministro que la está perdiendo, pronto le vereis reducido á la condicion mas miserable.» Estas palabras dichas por una madre y acompañadas con la elocuencia de las lágrimas, hicieron profunda impresion en el rey, y aunque todavía no tuvo Felipe valor ni resolucion suficiente para desprenderse del favorito, predispusieronle lo bastante para que las damas y cortesanos que mas trabajaban por su caída se animaran á ayudar á la reina en la obra que había comenzado. Los principales personajes que cooperaron mas á este intento fueron, la duquesa viuda de Mantua, Margarita de Saboya, virreina de Portugal, que acababa de venir de aquel reino, y que mejor que nadie pudo informar al rey de las verdaderas causas de su revolucion y de su pérdida. Doña Ana de Guevara, ama del rey que había sido, y á la cual él tenia particular cariño: los informes de esta señora contra el de Olivares hicieron mucha impresion en el ánimo del monarca. El arzobispo de Granada fray Galceran Alvarez; el conde de Castrillo, presidente del consejo de Hacienda; el marqués de Grana Carreto, embajador de Alemania; y en derredor de estos se agruparon otros grandes y nobles para derribar al privado, animado si se quiere cada uno por su particular interés (2).

(1) Biblioteca Nacional, sala de Manuscritos, H. 72.

(2) «Caída de su privanza y muerte del conde-duque de Olivares, gran privado del señor rey don Felipe IV el Grande, con los motivos y no imaginada disposicion de dicha caída, etc.»—Este opúsculo, que publicó Valladares y Sotomayor en el tomo III de su Semanario erudito, suponen unos que fué escrito por el marqués de Grana Carreto, embajador de Viena en nuestra corte, y uno de los que mas trabajaron por la caída de Olivares. Otros creen fué obra del embajador de Venecia, y es cierto que se imprimió en Italia con notas críticas en italiano; pero otros, y entre ellos Valladares, le atribuyen á don Francisco de Quevedo, lo cual sería fuera

Penetróse al fin el conde-duque de que le era imposible resistir á tantos embates, y pidió al rey le permitiera retirarse de los negocios é irse á descansar á Loeches. Dos veces le negó Felipe este permiso; y cuando el privado comenzaba á abrigar nuevas esperanzas de conservarse, encontré un día (17 de enero, 1643) con un billete que le dejó el rey escrito al tiempo de salir á caza, concebido en estos términos: *Muchas veces me habiais pedido licencia para retiraros, y no he venido en dárosela, y ahora os la doy para que lo hagais luego á donde os pareciere, para que mireis por vuestra salud y por vuestro sosiego* (3). Recibió el de Olivares con mas entereza de lo que esperarse podia este golpe, y se retiró en efecto á Loeches, bien que al día siguiente volvió á palacio, y presentándose al rey en una actitud desusada para él por lo humilde, trató de justificarse de los cargos que le hacían y de los males que le imputaban. Oyóle el rey, y nada le respondió, con lo que partió otra vez abatido y mustio para Loeches. Sin embargo, aun lo llevó con menos resignacion que él la condesa, la cual disimuló menos el enojo y la ira que la devoraba (4).

Honró no obstante Felipe IV á su antiguo favorito hasta en su caída mas de lo que merecía, pues que en la comunicacion que pasó á los consejos les decía, que había concedido al ministro el permiso que tantas veces había solicitado de retirarse de los negocios por la falta de salud; que quedaba muy satisfecho del desinterés y celo con que le había servido, que en adelante queria tomar sobre sí mismo el peso del gobierno, y que así los papeles que aquel despachaba le fueran llevados derechamente á S. M. (5). Este último acto de debilidad dis-

de duda si fuesen auténticas las palabras del manuscrito: *como tengo dicho en mis Anales de quince días*, si bien el estilo y lenguaje del opúsculo no nos parecen del ingenioso autor de los Anales.

De quien quiera que fuese, es el documento en que se dan mas noticias y se encuentran mas pormenores acerca de las circunstancias que prepararon y acompañaron la caída de aquel famoso ministro. Pero el autor ni oculta, ni puede ocultar que era uno de los mas irreconciliables enemigos del de Olivares, y en cada línea de su obra se ve la saña que contra él tenia.—El manuscrito, de letra al parecer de aquel tiempo, se halla en el archivo del duque de Berwick y Alba, conde-duque de Olivares.

(3) En un manuscrito de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, titulado: *Relacion de lo subcedido desde el 17 de enero de 1643, que S. M. ordenó al conde-duque saliese de palacio, hasta 23 del mismo que con efecto salió*, se dice que el sábado 17 á las nueve de la mañana se halló con un papel que el rey le escribió desde la torre de la Parada, en que le decía: *Conde, muchas veces me habeis pedido licencia para irós á descansar, y yo os la he negado por causas que á ello me movian: hoy no solo os la doy, sino que os mando que os vayais luego, y desembarcais á palacio.*

(4) «Persona que se halló en Loeches, dice un escritor de aquel tiempo, y que lo vió por vista de ojos, dice que saliendo la condesa de visitar las monjas y sentándose á la mesa para comer, en la misma hora llegó un papel del conde, en que le daba cuenta de todo, y le decía la determinacion del rey, y afirma este, que no solo los colores que tenia en la cara, pero los que se ponía, que eran muy grandes, como se usa en palacio, todos se le perdieron sin quedarle ninguno, y que parecía difunta.»—Vivanco, Historia de Felipe IV, lib. XI.

Si esto, como suponemos, es cierto, no es probable que su mujer afectara tanta constancia en la desgracia, y que fuese la que consolaba á su marido, como se lee en otros historiadores mas modernos, representándole que la salida del ministerio era el mejor beneficio que podia haberle hecho el soberano, etc.

(5) Hé aquí la comunicacion que el rey pasó á los consejos: «Días ha que me hace continuas instancias el conde-duque para que le dé licencia de retirarse, por hallarse con gran falta de salud, y juzgar él que no podia satisfacer conforme á sus deseos á la obligacion de los negocios que le encomendaba; yo lo he ido dilatando cuanto he podido por la satisfaccion grande que tengo de su persona, y la confianza que tan justamente hacia dél, nacida de las experiencias continuas que tengo del celo, amor, limpieza é incesante trabajo con que me ha servido tantos años. Pero viendo el aprieto con que estos últimos días me ha hecho viva instancia por esta licencia, he venido en dársela, dejando á su albedrío el usar della cuando quisiese: él ha partido ya, apretado de sus achaques, y quedo con esperanzas de que con la quietud y reposo recobrará la salud para volverse á emplear en lo que conviniere á mi servicio. Con esta ocasion me ha parecido advertir al consejo, que la falta de tan buen ministro no la ha de suplir otro sino yo mismo, pues los aprietos en que nos hallamos piden toda mi persona para su remedio, y con este fin he suplicado á Nuestro Señor me alumbré y ayude con sus auxilios para satisfacer á tan grande obligacion, y cumplir enteramente con su santa volun-

gustó á todos, é hizo sospechar á algunos si en aquella retirada habría algo de estratagemá, y mas cuando vieron á la condesa seguir asistiendo á palacio, y á muchos de los amigos y parientes del ministro caído conservar sus puestos, y aun recibir nuevas gracias. Fué no obstante su caída celebrada con universal regocijo por cortesanos y pueblo: en los salones de palacio, en la capilla, en las calles, en todas partes se veía alegría y animacion; el rey era victoreado por el pueblo, y á las puertas de palacio se fijó un pasquin que decía: *Ahora será Felipe el Grande, pues el conde-duque no te hará pequeño* (1).

Entre los escritos que se publicaron contra el ministro caído, y con los cuales muchos desahogaban la saña que tenían depositada en sus corazones, imprimióse uno dirigido al rey, en que se hacía una serie de acusaciones y cargos al conde-duque. «Prometió á V. M. á su entrada (decía entre otras cosas) hacerle el monarca mas rico del mundo, y despues de haber sacado en estos reinos mas de doscientos millones en veintidos años, le ha dejado en suma pobreza: mire V. M. qué bien cumplida palabra. Las pérdidas de flotas enteras con tanta riqueza en galeones anegados, su buena dicha y la mala de estos reinos la han padecido, de suerte que cuanto há que se ganaron las Indias no se ha perdido tanto como en su solo tiempo.... Á V. M. le ha sucedido puntualmente lo que al señor rey don Enrique el tercero, que cuando los grandes estaban muy sobrados le servían una espalda de camero, y aun no se dice de aquel tiempo que faltase la botica del palacio, como en este, que está cerrada, y sin estrado las damas.... En tiempo de su abuelo de V. M. ningún presidente tuvo mas de un cuento de maravedis de salario, ni el consejero mas de medio, y iban al consejo en unas mulas y un lacayo, teniendo en sus casas unos guadamecies y lienzos de Flandes que costaban á seis reales; y ahora tienen las caballerizas mas cumplidas que los grandes, y tantas telas de tapicerías ricas, que no son tales las de V. M., de suerte que ellos son los grandes del tiempo del rey don Enrique.... etc.»

Contra estos papeles, y en defensa del conde, se publicó uno titulado: *Nicandro, ó antidoto contra las calumnias que la ignorancia y envidia ha esparcido para deslucir y manchar las heroicas é inmortales acciones del conde-duque de Olivares despues de su retiro*. El fiscal del consejo pidió contra los que imprimieron el Nicandro, cuyo autor se dice fué don Francisco de Rioja, y el rey puso término á tan odiosas polémicas, conminando con graves penas á los que en ellas tomasen parte ó interviniesen (2).

Refutábase en el Nicandro uno por uno, y no sin ingenio, los cargos que se le hacían al conde-duque. Decía, por ejemplo, en cuanto á la pobreza en que había dejado el reino habiendo sacado de él doscientos millones: «Si como propone el recibo, añadiera el gasto, se conocerá cómo no de doscientos millones, sino aun de mayor cantidad ha sido necesario. Su Majestad ha gastado millones en las guerras de Flandes, en la eleccion del papa, guerras de Italia, en la toma del Palatinado, en la ruina de Mansfeldt y el obispo Habarstat, en las conquistas del Brasil, y otras armadas que malogró la mar: en las ayudas del emperador contra el Dinamarca, rey de Suecia, Bernardo de Beimar, en la eleccion de emperador; hanse consumido en sustentar reinas peregrinas, príncipes despojados, en favorecer repúblicas de amigos, reinos infestados de herejes; y al fin son tantos y tan varios los sucesos, tantos los ejércitos que V. M. ha sustentado, seis y siete á un tiempo, que no doscientos millones, sino dos mil millones quizá no hubieran bastado....»

tad y servicio, pues sabe que este es mi deseo único. Y juntamente ordeno y mando expresamente á ese consejo, que en lo que esté de su parte me ayude á llevar esta carga, como lo espero de su celo y atencion, etc.»—MS. de la Real Academia de la Historia, archivo de Salazar, t. XXXII, página 221.

(1) Tambien se fijó otro papel con una redondilla que decía:

El día de San Antonio  
se hicieron milagros dos,  
pues empezó á reinar Dios,  
y del rey se echó al demonio.

(2) Querrela del fiscal de S. M. contra los que imprimieron el Nicandro.

Niega que el de Olivares tuviese en su casa ricas tapicerías, ni pinturas de gran valor, ni joyas preciosas; y en cuanto á las riquezas y rentas que se decía haber acumulado, responde haciendo un paralelo, no infundado, entre el de Olivares y el cardenal de Richelieu, enumerando las inmensas riquezas del ministro francés, que había comprado cargos y títulos por valor de un millon de escudos; que reunía de renta, con los beneficios eclesiásticos, un millon y doscientos mil ducados de oro anuales; que dejó á sus sobrinos estados, gobiernos y generalatos con muchos miles de ducados de renta; al rey de Francia su palacio con alhajas que se estimaron en seiscientos mil escudos, un diamante que valía cien mil, la capilla que se valuaba en doscientos mil, dejando además millon y medio de contado, y que en vida sustentaba tres mil hombres para su guarda y servicio. Este argumento no salvaba los cargos hechos al de Olivares, pero mostraba que el propio enriquecimiento ni era exclusivo de los ministros favoritos de los reyes de España, ni llegaba al escándalo de los de otras naciones. Y como en este papel, por justificar al ministro acusado, se descubriesen muchas de las flaquezas del rey, y se irrogase ofensa al mismo pontífice pintando su eleccion como simoniaca, obró con prudencia el fiscal de S. M. en prohibir su circulacion y proceder contra los que le imprimieron y le difundían.

Á los pocos días de estar el conde-duque en Loeches pidió permiso al rey, que le fué concedido, para pasar á Toro, donde debía permanecer hasta que otra cosa se dispusiere. Allí ejerció el modesto cargo de regidor aquel mismo á quien antes parecía venirle estrecho á su ambicion el gobierno del mundo. Allí le persiguió todavía por mas de dos años el encono de sus enemigos, que no descansaban hasta ver si lograban del rey que por via de escarmiento á otros privados le destinara á un fin trágico semejante al de don Alvaro de Luna y de don Rodrigo Calderon. Y no parece estuvieron distantes ya de conseguirlo, si es cierto que recibió una carta del rey en que se leía el siguiente párrafo: «En fin, conde, yo he de reinar, y mi hijo se ha de coronar en Aragon, y no es esto muy fácil si no entrego vuestra cabeza á mis vasallos, que á una voz la piden todos, y es preciso no disgustarlos mas.» Esta carta, dicen, le causó tal impresion que le trastornó el juicio; recobróle despues en medio de una fiebre que á los diez días le llevó al sepulcro (22 de julio, 1645), muriendo muy cristianamente, al decir de los escritores mas enemigos suyos.

Así cayó y murió el célebre conde-duque de Olivares, el gran privado de Felipe IV, que por espacio de veintidos años gobernó á su arbitrio la monarquía española, y á quien el escritor mas agudo de su tiempo llamó, creemos que con mas hiel que desapasionamiento, *Neron hipócrita de España* (3). Que aunque fueron muchos los vicios con que manchó algunas de sus buenas prendas el de Olivares, no fué un malvado y un perverso como otros validos, que acaso siendo mas protervos tuvieron maña para hacerse menos aborrecibles que él. Que no era hombre de cohecho, ni sus manos se mancharon con regalos, como las de su mismo antecesor en la privanza el duque de Lerma, confiésanlo sus mayores detractores. Pero él por otros medios enriqueció su casa y acrecentó su hacienda hasta un punto escandaloso, reuniendo mercedes y rentas que parecen fabulosas (4). Tanta opulencia en medio de la

(3) Quevedo en *La Cueva de Melito*.

(4) Un escritor de su tiempo sacó la siguiente curiosa suma de lo que importaban al año las mercedes que logró el conde-duque:

	Ducados.
Las encomiendas de las tres órdenes militares. . . . .	12,000
Por camarero mayor. . . . .	18,000
Por caballero mayor. . . . .	28,000
Por gran cañiller de las Indias. . . . .	48,000
Por sumiller de corps. . . . .	12,000
Por un navío cargado para Indias. . . . .	200,000
Por alcaide de los alcázares de Sevilla. . . . .	4,000
Por alguacil mayor de la casa de Contratacion. . . . .	6,000
Por la villa de Sanlúcar. . . . .	50,000
Gajes de su mujer por camarera mayor y aya. . . . .	44,000
Total. . . . .	422,000